



EL DIVINO DIONISO

Por Norma Novoa

Dionisos, es ese misterioso dios griego, al que tantos y tantos autores, historiadores e investigadores a lo largo del tiempo, han tratado de explicar, de descifrar la locura y fascinación de su figura y, sobre todo, de su culto. Los más osados, aquellos que lograron sentir el magnetismo de su presencia, pudieron, de ese modo, por un instante acercarnos algo más que meros datos. Otros, en cambio, aún siguen intentando interpretar la “locura” de su figura. Encontramos autores que buscando algún reflejo que muestre su acontecer, ingresaron en un laberinto mental casi risueño. También están quienes, al no encontrar explicación lógica, decidieron ignorarlo llamándolo, simplemente, “el dios del vino”. Aunque parezca una excusa, creo entenderlos y me uno a ellos, pues es tanto el hechizo que despierta Dionisos, que uno termina envuelto en los sentimientos que lo caracterizan: el enigma, la excitación y esa rara mezcla de amor y sinsabor que paraliza. Cómo poder revelar lo inexplicable, cómo contar que las ansias de entender la locura que despertaba en sus devotos hace que ésta misma in-

vada al ser, que mientras más se lee y estudia sobre él más lejos se está de encontrarle sentido, en fin, quedará a la libre interpretación de cada uno, aferrándonos a las palabras de nuestra Maestra:

“Cuando el hombre mentaliza las enseñanzas espirituales, es cuando se pierde. No se pueden explicar con razones. Las enseñanzas espirituales hablan para el corazón” (ADA).

Bien, nos presentan a Dionisos como el dispensador del vino. A su servicio divino le corresponde el drama actuado, de donde nace la tragedia, que ha enriquecido al mundo como un milagro del espíritu dando nacimiento al teatro. Dionisos es el dios de la embriaguez divina y del amor más ardiente. Pero también es el perseguido, el sufriente y moribundo. Es el dios del éxtasis y la metamorfosis que se manifiesta en la naturaleza vegetal. Pero Dioniso no se expresa únicamente en la salud de plantas y árboles. Su presencia se evidencia en un elemento vital misteriosamente animado. Lo dionisiaco no se revela en el mero hecho de la existencia física del mundo vegetal. Él se expresa como fuerza que contagia entusiasmo. Expansión vital. Efervescencia capaz de incitar y estimular el crecimiento lozano de las plantas. Él es la fuerza vivificante de la vid que se transfiere a la hiedra, la otra planta creada por el dios. Así se lo llama “el adornado de hiedra”. La vid exuda ebria luz, sustancia ígnea que acalora, abrasa. La hiedra, en cambio, es sereno

crecimiento y expansión en la oscuridad del invierno. La hiedra aplaca los excesos del vino. La relación vegetal vid-hiedra se vincula con la condición dúplice de Dioniso. La exaltación fogosa, la ostensible luz, plenitud y triunfo vital (la uva, la vid), y la procesión dentro de la sombra y la oscuridad de la muerte (la hiedra). Dioniso es la fuerza invisible que custodia el proceso de crecimiento de lo vivo. El poder estimulador del crecimiento. Así es venerado en casi toda Grecia como “dios de los árboles”; se afirma “que es el que vive y actúa en los árboles”. Es el dios que vive en el pino. Su árbol sagrado que, lo mismo que la hiedra, crece pletórico en invierno. Dioniso es potencia metamórfica de la naturaleza. Es invisible espectador del crecimiento Y es regresión simbólica al agua y lo húmedo como fuente primigenia de la vida. El agua es primera matriz de la existencia.

Los poetas han intuido en esta multiplicidad a un ser de una profundidad inescrutable. Pero para los investigadores aún continúa envuelto en el misterio. Tomando como base los poemas e himnos órficos y, tratando de ubicarnos en espacio y tiempo diremos: Él representa la idea del goce permitido y alentado por los dioses, junto a aquello que personifica el misterio de la muerte y el más allá. “*La fecundidad ruidosa de las risas, la belleza de seducir o ser seducido, y también el arrebatado o el estallido...*” (Himno Órfico). En la relación del devoto

con Dioniso la epifanía tiene una prioridad nacida en la inmediatez de cada visión verdadera. Su culto oficial se festeja en el solsticio de invierno, se celebra con el acompañamiento de todos los recursos dados para disfrutar de su existencia, con la ayuda de la danza, el canto y del vino. Es símbolo del misterio de la vida y de la muerte, como tal, con Dioniso se presenta la disociación entre cuerpo y alma. Se dice que con Él está completo el ciclo ritual, porque al adorarlo, como dios del placer y como dios de las almas, es adorar la vida en su plenitud y esperar más tarde la recompensa de la eternidad. Dionisos es el dios de la transformación, con frecuencia se desdobra, se enmascara, se convierte en otro, haciéndonos creer que es uno cuando en realidad es otro; y es así como se hace complicado comprender su esencia, simplemente hay que dejarse llevar...”*Venerado por los Dioses, a ti, que en la humanidad habitas, hazte presente con venturosa disposición*” (Himno Órfico)

El encantamiento dionisiaco es unión del hombre con la naturaleza: Todo lo cerrado se abre. Los contrarios conviven en sorprendente armonía. Las normas ancestrales quedan de pronto sin su razón de ser, e incluso las medidas de espacio y tiempo pierden validez. El olvido del dolor, la tregua a las penas, un remanso para las pérdidas. *“El suelo está anegado de leche que mana, de vino, de néctar de abejas, y en el aire vi-*

bra una brisa como de incienso sirio” (Las Bacantes, Eurípides) imagen más vívida del maravilloso estado en el que, “*las arrebatadas recogen leche y miel de los ríos*” (Platón, Ión). Golpean con los tirsos las rocas, y de pronto surge el agua clara. Tocan con ellos la tierra, y se abre un surtidor de vino. Si apetecen leche, arañan el suelo con las uñas y recogen el blanco bebedizo. De la madera de hiedra del tirso gotea la miel. En muchos lugares, la epifanía de Dioniso va acompañada del disfrute de interminables torrentes de vino, y las vides floren y maduran en un mismo día, son llamadas “*vides de un día*” (Aristóteles, Poética) que prosperan y fructifican en el transcurso de unas pocas horas coincidiendo con la celebración de la epifanía del dios. La exaltación se induce voluntariamente: con fogosas danzas, el agitar de las cabezas, coros melodiosos, gritos que atraviesan la oscuridad de la noche, que no son estallidos arbitrarios de una furia desatada (como sostienen algunos autores), sino medios con los que los encendidos ánimos se estimulan buscando la disolución del ego y la unión con la divinidad y sus bendiciones. No es simple frenesí. Tampoco se trata de una aparición cuya percepción trastorne los sentidos, como creen muchos. Tan sólo es el deseo de liberarse de la prisión de los cuerpos para abrazar al dios, para ser uno con él: Dioniso es lo Divino, lo Infinito y como tal, el alma sólo desea disolverse gozosamente en él. Los devotos se congregan al am-

paro de la noche, en las cimas montañosas, cantan, siempre cantan y, en su voz se inflama la lírica de los ditirambos (Ditirambo, “el de la doble puerta”, se usa a veces para referirse a él en las solemnes canciones cantadas en los festivales, y hace referencia a su prematuro nacimiento) Entonces, flautas, panderos, cuernos de bronce, generan una música vibrante. Una excitación sonora que es también danza: los cuerpos danzan mientras la música exhala su hechizo. Y, poco a poco, se despierta la devoción coral haciendo caer las máscaras del yo, en realidad, el yo se olvida de sí mismo dejando fluir un éxtasis ascendiendo desde el fondo más íntimo de su ser, aflorando así la naturaleza de lo divino. El devoto, olvidado de sí mismo, se funde con la amplitud divina. El hombre, envuelto en el éxtasis, abandona, por un instante, su conciencia inferior; de sujeto encarcelado por lo humano se transforma en sujeto que experimenta lo divino. Allí, están las Ménades (sus devotas), forman una procesión y avanzan danzando al compás del sonido cadencioso de tamboriles y flautas, entonando himnos al dios mencionándolo bajo todas las invocaciones; suaves y enigmáticas se desplazan las serpientes entre sus manos. Con dedos briosos manipulan sus tirsos. El espíritu de la danza vierte en los corazones la divina locura. Sólo el entusiasmo puede quebrar la distancia entre lo humano y lo sagrado. En el ardor danzante la divinidad invisible se hace presente. Se manifiesta.

Es epifanía. Devoción realizada es la que desvanece el pequeño cuerpo humano en la divinidad infinita y hechicera. Las flautas emiten entonces sus sonidos solemnes. Nubes de fuego abrazan a los devotos. La fogosidad desencadena la visión liberadora, y transforma la percepción normal. Las rocas y el suelo rezuman entonces leche y miel porque la realidad es ya ebullición y no sosegada quietud. El alma, que se exalta y funde con el dios en el entusiasmo religioso, sospecha una vida libre del cuerpo mortal, y extasiada entrevé su inmortalidad. En el seno de los ritos dionisiacos acaso emergió la certeza de la vida inmortal o Zoë o Tiempo del Alma, Tiempo del Ser, (según definición de Plotino), inmortalidad nacida del horizonte dionisiaco que habla de la confianza en el triunfo de Zoë sobre la mortalidad o Bio (vida finita). Pero la vida se hace eterna sólo si conoce y supera la muerte. Y Dioniso es el dios de la experiencia de la vida y de la muerte del ego. Nace, muere y renace. Es la divinidad cuya totalidad es a su vez dualidad pues, en su frente, se hunde el signo de lo vivo y lo muerto, del placer y el dolor. Y Dioniso convierte al cuerpo en territorio de reflejos encendidos; transforma a la materia en vibraciones creadoras, en facultades visionarias, y en estas visiones siempre está presente lo sagrado.

La irrupción del dios y su presencia encuentran un símbolo aún más expresivo que los ritos, una imagen que entraña el

complejo enigma de su esencia. Se trata de la máscara. La gran máscara del dios pende de una columna de madera, y el vino se vierte y mezcla delante de ella, y se le ofrece primero para su degustación. Ramas de hiedra la envuelven como corona, se enredan en torno a la columna de madera o surgen a sus pies, o incluso trepan, cual ramas de árbol. La máscara es lo más relevante. Se lo representa con ella puesto que se le conoce como “el que mira”. Es el dios de la presencia más inmediata a quien la máscara le sirve de símbolo. Ella es en sí encuentro, nada más que frente, no tiene revés. “Los espíritus no tienen dorso”, afirma el pueblo. Es símbolo y apariencia de aquello que está y no está. Así, la máscara nos dice que la aparición de Dioniso está ligada al enigma insondable de la contradicción. Él es el dios que la porta. La razón única y esencial de la idealidad, es que detrás de todas esas mascararas se esconde la divinidad. Dioniso se encuentra tras toda pluralidad. Por eso, él cae preso en la red de la voluntad individual. Unidad que renace. Reconciliación de la parte con el todo. Las gemas antes particulares y solitarias se reintegran a un collar único. Lo dionisiaco puede brillar entonces en cada cosa, en cada particularidad, en cada máscara de lo múltiple. Pero la máscara no es representación de lo ausente, no; es signo que encubre una realidad verdadera, constituye la verdadera imagen del dios. Es en ella donde Dioniso denuncia la presencia más imperiosa, para así, repre-

sentar al espíritu que se aproxima al hombre; puesto que Dioniso con máscara es el dios que viene. Es revelación de lo sagrado. Teofanía.

Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que la naturaleza dominando a la mente y apresurándola hacia afuera de una existencia finita, se encuentra en la base de todas las creaciones dionisiacas. Pues amarle es: inspiración, creatividad, purificación, y también lo intensamente vivo. El ciclo de las formas devocionales del dios que constituyen, por así decirlo, un Olimpo diferente, personifica esta vida natural con sus efectos sobre la mente humana; en el mismo Dioniso se despliega la flor más pura, combinando con una iluminación que despierta el alma sin destruir el tranquilo retozo de los sentimientos.

“...El cielo sereno escucha el trueno cuando el dios se acerca. La Tierra percibe un río de calor cuando la divinidad regresa. Se transfigura entonces la Naturaleza que recibe el aliento ígneo de la deidad que destila leche y miel, y enciende el sentimiento y las lámparas de la creación...”

Himno Órfico

*Por la Prof. Norma Novoa
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*